

durante los últimos meses— sobre la naturaleza y los efectos de las reivindicaciones meramente económicas en una sociedad de consumo. El sistema económico se encarga de anular, por sus propios mecanismos, la mayor parte de las alzas de salarios obtenidas en las negociaciones sindicales, bien por alzas subsiguientes de precios, bien por la creación forzada y

orientada de nuevas necesidades. De esta forma, parece que, tal como se desenvuelven los acontecimientos, sólo aquellas reivindicaciones que plantean cuestiones de poder del sindicato dentro de la empresa y a nivel de toda la sociedad pueden ofrecer, en su desarrollo progresivo, nuevas perspectivas encaminadas a la transformación de la sociedad. ■ A. L. M.

## LOS NEONAZIS

### Llamada de atención ante un probable peligro

Un sistema de ideas, una doctrina política carecen de eficacia histórica si no logran encarnar en una fuerza social concreta, si sus postulados no interpretan las aspiraciones de una zona bien definida de la sociedad, de una clase o de un grupo determinado. Nada más erróneo, pues, que ver en el azar, o en el talento de unos dirigentes, la razón de su éxito cuando lo consiguen. Entender, por ejemplo, el fenómeno del vertiginoso ascenso del nazismo al poder —ascenso que se produjo por la vía democrática— como el resultado de un bien organizado complot para hacerse con los resortes del estado o como consecuencia de la audacia o el genio estratégico de un jefe, supone incurrir en una concepción fuertemente idealista de los hechos históricos. La vigencia de una doctrina o el éxito de un jefe responden a unas necesidades sociales generalmente complejas, y no son nunca el producto de un caprichoso juego del destino. Se ha dicho, con razón —por recurrir a un modelo célebre—, que Napoleón fue «la revolución francesa a caballo». Cierto es, también, que la personalidad del conductor de masas, con sus peculiares dotes, puede condicionar, al menos en su forma, algunos aspectos del proceso histórico, pero nunca determinar las profundas corrientes sociales que lo constituyen. Estas nociones, hoy bastante genera-

lizadas, deberán servir de base para establecer el valor y el interés de un libro reciente: «Los nuevos nazis» («Dima Ediciones», Colección «Nuestros Días»), del que es autor Werner Smoydzin, que ostenta un cargo de responsabilidad en el régimen germano-occidental y ha tenido por tanto fácil acceso a las fuentes de que se nutre su obra; en ella se plantea, además de un estudio sobre las numerosísimas organizaciones mundiales de carácter neonazi, la relación de estos grupos políticos con otros análogos que desarrollan intensa actividad en la Alemania de Bonn. La intención del autor, explícita en el libro, es llamar la atención hacia el peligro que pueden representar, en un futuro más o menos inmediato, estas organizaciones.



Habría que profundizar, sin embargo, para establecer la justa medida de tal peligro, en el análisis del juego de fuerzas que puede devolver su vigencia a la ideología nazi: su meteórico ascenso de los años treinta tuvo su raíz en la crisis mundial del 29, que puso al borde de la ruina a toda una formación socio-económica, y representó una respuesta específica a esta amenaza por parte de los grupos socio-económicos alemanes interesados en la pervivencia del sistema. ¿Pueden reproducirse aquellas condiciones? En caso de que el esquema histórico se repita más o menos aproximadamente, ¿recurrirá el sis-

tema a métodos de salvaguardia análogos? Habría que formular previamente estas cuestiones al abordar la temática del libro de Smoydzin. En efecto, el papel histórico de las nuevas agrupaciones políticas aquí consideradas dependerá de una serie de factores derivados de una contestación correcta a dichas preguntas, y fundamentalmente del grado de utilidad de la alternativa que el neonazismo pueda ofrecer a los estamentos socio-económicos dominantes. En todo caso, «Los nuevos nazis» es obra rica en datos, y en consecuencia de gran interés en el nivel de la información acerca de la realidad política mundial en la época de la coexistencia pacífica. ■ E. G. R.

### "TRIUNFO" HA LEIDO, ADEMÁS, ESTA SEMANA

- «El lenguaje de los políticos», de Felipe Mellizo (Editorial Fontanella). Buen libro de un periodista, escrito con agilidad, y situado, en su intención, dentro de la línea de Roland Barthes.
- «Amos y esclavos, hoy», de Marcel Pollaud-Dulian (Editorial Fontanella). Un análisis, junto con una amplia información, sobre un pro-

blema increíblemente vigente todavía en numerosos países.

- «Los límites del poder», de Eugene McCarthy (Editorial "Libres de Sinera", colección Jarama). Una crítica del sistema americano que implica una exposición clara y directa del programa del más liberal de los candidatos U.S.A.

## SIN TEATRO VIVO

### En la I Campaña Nacional faltan autores de hoy

La I Campaña Nacional de Teatro ha hecho público su programa definitivo. Repasemos los títulos. Zona Este: «Cara de Plata», de Valle Inclán; «Tartufo», de Molière; «El castigo sin venganza», de Lope; «El rebén», de Beham, y, de autor español vivo, «La casa de las chivas», de Jaime Salom. Zona Norte: «La verdad sospechosa», de Ruiz de Alarcón; «Lisistrata», de Aristófanes; «Un marido de ida y vuelta», de Jardiel Poncela; «Los chismes del pueblo», de Goldoni, y «Don Francisco de Quevedo», de Eulogio Florentino Sanz;

no hay obra de autor español vivo en la lista. Zona Sur: «La vida es sueño», de Calderón; «Divinas palabras», de Valle; «Madre Coraje», de Brecht; «Tango», de Mrozek, y, de autor español vivo, «Hay una luz sobre la cama», de Torcuato Luca de Tena.

La lista, considerando que va a ser la base de una Campaña Nacional, merece ser comentada, entre otras cosas porque refleja, con bastante exactitud, lo que podríamos calificar de «tendencias» culturales o culturalistas de nuestro teatro profesional. Y digo



—¡Huy! Aquí también tenemos mucha tensión racial. Pero aquí es distinto: aquí es entre la misma raza.

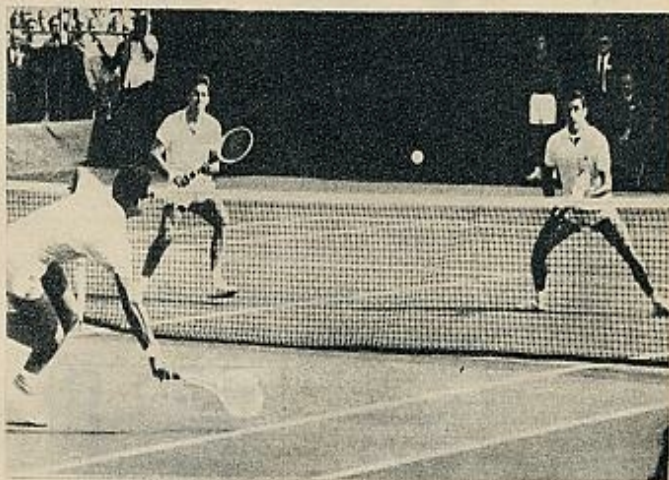


«culturalistas» porque, en más de un título, se adivina la aproximación erudita, la admiración escolástica, antes que la participación más o menos viva y actual en las ilustres obras propuestas. De aquí se deriva ya una primera reserva, que, ojalá, la personalidad de los actores y directores elegidos haga gratuita. Me refiero a lo siguiente: ¿con qué criterios se montará a Lope a Calderón, a Ruiz de Alarcón, a Molière? Pensemos en el rudimentarismo con que nos acercamos normalmente a los clásicos, aun en los casos en que se montan para largas temporadas y tomando toda clase de precauciones. ¿Qué ocurrirá ahora? ¿Dominará la necesidad de «salir del paso correctamente», montando a los clásicos de un modo impersonal y superficialmente respetuoso, o, por el contrario, de esta especie de concurrencia surgirá una aportación más viva y diferencial de lo que viene siendo habitual?

Dejemos a los clásicos y vayamos a los modernos. Están Valle y Brecht con obras ya montadas, juzgadas y conocidas. En la zona Este, un solo autor importante no español de los últimos años, Brendan Behan. En la zona Norte, Jardiel Poncela es el más moderno. En la zona Sur, que contará con el programa más equilibrado, tendrán el estreno de la más famosa obra de Mrozek, autor conocido en España gracias a Los Goliardos. ¿Y autores españoles vivos? Sólo dos en las tres

zonas, dos, Jaime Salom y Torcuato Luca de Tena. ¿Deberían ser más? ¿Y quiénes debían ser? No importa demasiado contestar a las preguntas. Basta su evidencia. Los repertorios no hacen, por otra parte, sino reiterar un hecho que ya sabemos: la inexistencia escénica —salvo esporádicas ocasiones— de un teatro español de nuestra hora, de un teatro que responda a nuestro modo de vivir y a nuestros problemas. El teatro moderno se queda en los cajones o es tan intrascendente que —salvando de nuevo las excepciones— no hay manera de ponerlo en pie con la solemnidad cultural propia de una Campaña Nacional fuertemente subvencionada.

Sería interesante que recapacitáramos todos sobre esto. Va a hacerse un esfuerzo. Se va a invertir una fuerte suma en la Campaña. Y, sin embargo, la mayor parte de los textos van a dar una imagen más gloriosa que viva del teatro. Más mirando hacia otras épocas y lugares que hacia nosotros y hacia ahora mismo. ¿No parece que este último deba ser una exigencia fundamental para conseguir que los españoles vayan a los teatros? A mí me parece estupendo que haya clásicos y autores no españoles en la lista. ¿Pero no faltamos nosotros? ¿No está en este encuentro del autor con su público, del escritor con su sociedad, libres ambos, la verdadera clave de un teatro vivo y floreciente? ■ J. M.



## COPA DAVIS ESPAÑA, ELIMINADA

España no irá este año a Australia. El pundonor deportivo —tantas veces puesto a prueba— de Manuel Santana no ha sido suficiente. Estados Unidos bató a nuestra representación por 4-1, victoria que le deja vía libre para la siguiente eliminatoria de la Copa Davis. El encuentro de dobles enfrentó a Santana y Gisbert contra Graebner y Pasarell, partido que resultó muy disputado y que significó el 2-1 en la eliminatoria.

## CRONICA DE UNA DESILUSION "Padre", de István Szabó



István Szabó es un realizador húngaro de treinta años, testigo lúcido y desencantado de su generación. Hasta el momento ha realizado dos largometrajes: «La edad de las ilusiones» y «Padre», que ahora se exhibe comercialmente en España. Dos films que reflejan, con un humor ácido y desolado, la historia de su país en estos últimos treinta años. Ante todo, Szabó es un testigo; nació un año antes de iniciarse la segunda guerra mundial, cuando Béla Imrédy al frente del gobierno dictaba las primeras medidas antisemitas que tenían validez en territorio húngaro. A los dieciocho años, coincidiendo con su ingreso en la universidad, se produce el levantamiento general contra el gobierno de Erno Gerő: es la famosa revuelta de 1956,

reprimida por las tropas soviéticas.

Szabó nos habla en sus películas de todos estos acontecimientos. En la primera, unos muchachos han terminado sus cursos de ingeniería y se disponen a integrarse en la sociedad por medio de su trabajo: se encuentran en la «edad de las ilusiones» y confían en que podrán cumplir la misión que les han enseñado en la universidad; inmediatamente tropiezan con el «muro de mediocres», los viejos ingenieros esclerotizados, sumidos en la rutina y la pereza. ¿Qué ocurre? ¿Es que no podrán actuar activamente, trabajar, producir? Los muchachos recuerdan entonces los sucesos de 1956: la tremenda convulsión que les sorprendió cuando llegaban a la edad de la razón y que les ha marcado profundamente.

«Si aquí no podemos realizar nuestras ideas —dice uno de ellos— nos iremos a donde sea: a Cuba, por ejemplo». Szabó narra en esa película la historia de una desilusión: su crónica es, sin embargo, de un cierto optimismo; reclama el ejercicio de la razón para vencer los muros de la mediocridad; solicita la sinceridad en el amor para destruir las relaciones superficiales, basadas en el hábito y no en el verdadero afecto. Y al final, en un plano de cierta ingenuidad ideológica, pero de poderosa sugestión expresiva, un grupo de telefonistas llama a los aborradados que duermen para despertarles...

«Padre» parece, en realidad, un prólogo de «La edad de las ilusiones». Encontramos el mismo actor en ambos films, haciéndose parecidas preguntas, similares reflexiones; igual desencanto —común a otros países socialistas— producido por la súbita desestalinización y, consecuentemente, por la pérdida de unos ideales de infancia y juventud que habían sustentado todo un ideario vital. En el film, Szabó se vuelve sobre su infancia —que es la de toda su generación— y atribuye al padre un carácter simbólico: él encarna el sistema de valores que se inculcó a base de slogans y de verdades fijas e inmutables que años más tarde se «desbelarían». En su imaginación, el pequeño Takó se representa a su padre como un héroe de la resistencia, un partisano audaz y valeroso. La imagen del padre basta para que Takó —primero niño, luego adolescente— se sienta a salvo, seguro. Ha heredado —trata de creérselo— el aplomo necesario para hacer frente a cualquier contingencia, porque siempre hay una solución que no es otra cosa que una simple herencia del padre. En

este cómodo conformismo, Takó crece e ingresa en la universidad, justamente en el momento que se produce el levantamiento de 1956. Entonces empieza a comprender que ese firme sistema de valores tiene algunas grietas. Sabe ya que su padre no fue un heroico partisano, sino un médico honesto que trabajó duramente durante la guerra. Ya no le sirve la memoria del padre para resolver los problemas que se le enfrentan y ante los que tiene que tomar decisiones por sí mismo. La historia ha transcurrido a mayor velocidad que sus confortables ensoñaciones.

Takó ha dejado atrás la edad de los recuerdos e ingresa en la de las ilusiones. En ese momento, Szabó se hace la misma reflexión que en su primer film. Por eso decía antes que «Padre» es como un prólogo —pese a ser su segundo largometraje— de «La edad de las ilusiones». Cuando la reflexión sustituye a los recuerdos; cuando la razón se impone sobre la imaginación enajenadora; cuando el amor aparece como una fuerza transformadora, ha llegado el momento de «despertar». Takó tiene que optar ya. No puede confiar en que nadie pueda resolverle su vida...

«Padre», un film decisivo en la historia del cine moderno, paralelo en cuanto a intenciones y significación de «El coraje cotidiano», de Evald Schorm, reflexión sobre la «edad de las ilusiones» de la joven generación checa, merece ser visto más de una vez. La belleza extraordinaria del film justifica la segunda visión, pero también su complejidad ideológica, su densidad temática. Igual que a sus personajes, Szabó reclama al espectador que «despierte» y vea con atención crítica su obra. ■ J. G. D.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Chumy-Chúmez J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, R. López Goicoechea, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla, G. Sandoz. FOTOS: Cifra, Fiel y Archivo.